

Conceptos de Freud en la Metapsicología hoy

Janine Puget

La experiencia clínica y el intersubjetivismo

Carlos Nemirovsky

Ateneo 19 de mayo de 2015

Silvia Resnizky: Buenos días a todos. Vamos a dar comienzo a este Ateneo que forma parte del Ciclo Científico de debate y actualización del presente año. Se trata de la polémica en torno a lo Inconsciente y a la Pulsión que interroga nuestra clínica. Debate que está en consonancia con el tema de nuestro próximo Simposio.

Hoy tenemos en la mesa a dos colegas, miembros de nuestra institución, conocidos y reconocidos analistas de larga trayectoria, a quienes hemos leído, escuchado, y que nuevamente tenemos la posibilidad de volver a oír.

El doctor Carlos Nemirovsky es analista con función didáctica en nuestra institución, autor del libro *Winnicott y Kohut. Nuevas perspectivas en psicoanálisis, psicoterapia y psiquiatría* que ya va por su tercera reimpresión y que ha sido traducido al portugués y al ruso.

Contamos también con la doctora Janine Puget, analista en función didáctica de nuestra institución. Autora de numerosos artículos, libros, y uno publicado recientemente, que se llama *Subjetividad discontinua y psicoanálisis. Incertidumbres y certezas*.

Estos trabajos que hoy vamos a escuchar dan cuenta de que los cambios histórico-sociales a los que venimos asistiendo, han producido también modificaciones en la subjetividad y en las teorías. Algunos de estos trabajos implican un cambio de paradigma y de propuestas epistemológicas. Consideran ideas como la complejidad, el principio de incertidumbre, también la idea de acontecimiento y presentación, y otros conceptos filosóficos en los cuales el psicoanálisis abreva.

En esta presentación los autores van a usar fundamentalmente los trabajos que enviaron como marco teórico, como referentes.

Vamos a escuchar en principio al doctor Carlos Nemirovsky, quien nos va a presentar un material clínico sobre el cual seguramente después vamos a trabajar.

Cuando él finalice su presentación va a exponer sus ideas la doctora Janine Puget. Seguramente vamos a poder, entre todos, trabajar también sobre las semejanzas y diferencias respecto de los distintos modos de intervención en un material clínico, dependiendo de las teorías que cada uno tenga como referentes.

En ese sentido me parece que es interesante y es una situación privilegiada, poder asistir a un Ateneo en el cual trataremos de darnos cuenta qué tipo de psicoanálisis practicamos hoy. Evidentemente no debe ser una sola forma de psicoanálisis. Podremos establecer también, si lo logramos, las diferencias entre lo que sería un enfoque intersubjetivo y un enfoque vincular.

Carlos Nemirovsky¹: Gracias Silvia. Quiero contarles que este tratamiento es responsable de cambios importantes en mi mirada teórica y clínica. Fue el origen de una transición que recorrí desde la formación

¹ Las ideas que desarrolla Carlos Nemirovsky en este Ateneo se basaron en el trabajo que fue publicado previamente por APdeBA en la Web bajo el título “Lo inconsciente: 100 años después. ¿De qué realidad hablamos?”. Este material, modificado, ha sido publicado como una parte del trabajo que lleva por título: ¿Son incompatibles la teoría pulsional y la intersubjetiva? en Revista Relacional <http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CeIRValoreycomentelostrabajospublicados/tabid/661/ID/424/categoryId/31/Son-Realmente-Incompatibles-la-Teoria-Pulsional-y-la-Intersubjetiva-Carlos-Nemirovsky.aspx> También ha sido publicado con modificaciones en la Revista Peruana de Psicoanálisis, n° 15, 2015.

clásica con la que venía, hacia perspectivas de autores como Ferenczi, Winnicott, Kohut, y más recientemente Mitchell, S., Aron, L, y otros relacionales e intersubjetivos.

La experiencia con esta paciente me empujó a buscar otros referentes, ya que aquellos en los que me apoyaba habitualmente no bastaban para comprender lo que me pasaba y le pasaba a la paciente en sesión.

Elsa tenía 47 años en ese momento, fue traída a la consulta por una amiga –que la vio caerse borracha en varias oportunidades– quien me dijo que Elsa se comportaba como una suicida, golpeándose la cabeza contra la pared y mordiéndose hasta sangrar las manos.

La primera entrevista ocupó más de dos horas y en ella decidí, dudando, que la tomaba en tratamiento.

Era ansiosa y reticente. Me dijo que fue abandonada por su marido, que sin previo aviso dejó la casa y se fue con una mujer muy joven.

Ella repetía: “No quiero tratarme y menos con un hombre, son todos una mierda”.

Pude ir infiriendo (uno con estos pacientes nunca puede hacer una historia y este es un dato importante), que siempre fue inestable, errática y ansiosa, con frecuentes ataques de ira tan intensos como efímeros.

Durante los dos primeros años nos vimos entre cuatro y cinco veces por semana, luego tres veces semanales. El diván lo utilizó desde las primeras sesiones.

Le pedí colaboración a una colega psiquiatra para que la medicara; fue así durante los tres primeros años.

En el transcurso de los primeros meses me acusaba de ser incapaz, voraz por el dinero y especulador frente al dolor ajeno. Se burlaba de mis interpretaciones y de mis intervenciones, a veces riendo a carcajadas, mientras amenazaba con denunciarme por mi mala práctica. A veces intentó arrojarme algo también... o sea, fueron bastante violentos los primeros meses.

Me decía: “¿Usted cree que conoce algo de la vida?, porque a mí me parece que usted nunca salió de su consultorio. Me parece que es

un ratón de biblioteca, no sé si es aburrido o estúpido. Además usted no solo no sabe de la vida, tampoco de las mujeres”.

En algunas oportunidades se levantaba del diván, interrumpía la sesión y se iba dando un portazo.

Me parecía imposible encontrar algún recurso para habilitar una instalación de un clima reflexivo, finalizaba muchas sesiones diciendo: “No vengo más”. “Es la última vez que le hablo a usted porque es un tonto” y decía también: “Nadie me quiere, estoy sola, me voy a matar... A usted lo único que le interesa es el dinero y si no lo tengo me echa a la calle”.

Experimentaba estados de profunda depresión, futilidad e irrealidad, transformando su vivencia de vacío y su desesperación en ataque. Eso es lo que yo fui entendiendo, que el ataque era la manifestación más visible de su desesperación y de su vacío.

En algunas oportunidades tomamos más tiempo de sesión que el pactado, porque me parecía imposible finalizar sin poner en riesgo su supervivencia y la mía.

Entre el segundo y el tercer año, antes de que yo me convenciera de que su juicio respecto a mi persona, “estúpido”, “tonto”, “aburrido”, “comerciante”, “ignorante”, era adecuado, la relación empezó a revertirse; se fue instalando un clima de mayor confianza y Elsa comenzó a relatarme algunos episodios de su historia. En ocasiones me llamaba para decirme que no podía seguir así, que yo era un inútil, despidiéndose de mí para siempre.

Un punto de inflexión fue cuando una madrugada se comunicó para decirme “que interrumpiría su tratamiento y que pondría fin a su vida”. Le sugerí, de madrugada y seguramente sin poderme despertar totalmente: “tómese un té y vuelva a llamarme”. Eso dije, sin pensarlo demasiado... yo trataba de no reaccionar y de calmarme. Le sugerí que no decidiera nada, que se tomara un té y me llamara en quince minutos. Intentaba ganar tiempo para pensar con quién contaba para contenerla y eventualmente internarla.

Al llamarme nuevamente se disculpó, me dijo: “Discúlpeme, lo llamé y estuve mal” y para mi sorpresa comprobé que estaba tranquila.

Al día siguiente en la sesión me espetó: “¿Así que usted cura con té? ¿No le da vergüenza? ¿Para qué estudió psicoanálisis?”

Esta sesión marcó un hito, intervine muy poco y sus defensas paranoides fueron derrumbándose gradualmente. Esto dio lugar a la aparición de una construcción que fuimos generando. Su abuela tomando té mientras jugaba con ella; esto es algo que fue apareciendo en sesión, sumiéndonos a ambos en un clima de tristeza, que a ambos nos emocionó mucho. Se fue triste pero con una sonrisa de la sesión.

En este período, en los primeros años, la empatía y, cuando esta no alcanzaba, la paciencia, eran mis herramientas principales. Trataba de describirle lo que yo creía que ella sentía, aquello que me parecía de ella y no de otros, de mostrarle algunas contradicciones en su discurso o entre su decir y sus gestos. Intentaba resistir los embates de la curiosidad, de los celos y de la envidia, suyos y míos, sin reaccionar, tratando de pensar cuánto yo contribuía a fomentar estos estados.

En estos primeros años traté de soportar la intensa transferencia negativa y aceptar estar ubicado en una función de tutor, como el que se utiliza para sostener a las plantas, controlando mis reacciones.

Cuando podía intervenir lo hacía tratando de discriminarla de otras personas, secuenciando el tiempo del entramado del relato, distinguiendo sueño y alucinación en la transición a la vigilia, validando la experiencia: “esto lo vivió”, “no es ajeno”, “no es un sueño”. Así, en estos primeros años, historizábamos y construíamos lo que íbamos pudiendo, armando una historia de Elsa y de nuestra relación.

La sobrevivencia psíquica de Elsa podría expresarla como: “existito, soy yo y me pasa esto a mí, en este contexto”. Esto creo que fue lo que pudimos lograr en los primeros años. No estábamos en el terreno de un paciente neurótico que siente que ya tiene asegurada su existencia, la sobrevivencia.

Las palabras que yo utilizaba tenían la función de establecer un puente, un contacto, para que ella discriminara y soportase sus emociones y se diera cuenta de que era ella quien las experimentaba.

No se trataba, como decía Meltzer, de cavar un agujero para encontrar algo, sino que lo que intentaba era acceder a que ella existiese, que experimentara sensaciones o emociones y que le fueran propias.

Creo que en estos pacientes complejos, que no han sido *his majesty the baby*, cobra especial importancia el encuadre, la disponibilidad del analista como actitud, que sostiene la constancia, la diferenciación

con otros y permite la creación de una narrativa que se va produciendo en el seno de la relación.

Nuestras intervenciones más exitosas con estos pacientes lo son, porque creo que se aproximan a lo que Anzieu describe como el baño de palabras. El ritmo, el tono, el timbre, la música, tienen más valor que a la semántica de la interpretación.

Finalizado el tercer año de análisis me fui centrando más en interpretaciones transferenciales. Interpretaba la transferencia clásica, aquella que entiendo como repetición del pasado, solamente cuando impedía la aparición del nuevo vínculo que estábamos editando. Ese era el sentido de interpretar la transferencia clásica, lo que yo entendía como transferencia clásica, cuando aparecía como obstáculo que impedía la edición de aspectos de esta nueva relación.

Si solamente enfatizamos la transferencia como repetición, impediremos ver qué es aquello nuevo que se escribe entre los dos, como se va configurando una historia entre ambos basada en un vínculo distinto de aquel que la enfermó.

Decía que yo trataba de construir un relato de la relación entre ambos, que refleje la historia del tratamiento, desde su comienzo. Construir una historia con estos pacientes es de por sí un logro y señala que la relación terapéutica marcha por buen camino. Con Elsa fui aprendiendo lo que después reconocí como la espontaneidad afectiva del analista, quizá muy descuidada por el psicoanálisis. A esta espontaneidad se llega después de unos años de perder el miedo y sentirse más seguros como profesional. Está afortunadamente limitada por el encuadre de nuestra tarea pero es un ingrediente imprescindible y necesario para posibilitar que el paciente nos escuche y así ejercer nuestro poder como analistas. Sin espontaneidad afectiva y sin el poder que otorga la asimetría del vínculo, no encontramos posibilidad de que el paciente progrese.

Elsa, por un lado, se aferraba a su lugar analítico y por otro se resistía a instalarse, me echaba fuera de su vida, por el temor de ser nuevamente abandonada. Fueron emergiendo algunas construcciones que operaban como recuerdos y quedaban integrados a su historia, y también a la mía. Con el transcurrir de las sesiones me fui enterando

de las disputas violentas de sus padres y del clima de violencia que se vivía en su casa natal.

Entre el cuarto y el quinto año de análisis cambió mucho la forma de relacionarnos. Ambos estábamos probablemente menos defendidos y más sueltos en las sesiones; logramos estar más tranquilos por mayor tiempo. Elsa consiguió un trabajo en relación de dependencia en una institución y pudo mantenerlo. Comenzó una relación afectiva con un hombre, que al poco tiempo enfermó y murió. A pesar de mis temores su reacción no fue semejante a un colapso o a un derrumbe, sino que fue un duelo soportable; no se derrumbó. Se apenó, lloró, se mantuvo triste, sin perder sus logros laborales. Poco a poco su apariencia se fue haciendo más agradable y debe haber percibido que me resultaba atractiva. Comenzó a intentar seducirme de manera poco sutil, me dijo que al principio del tratamiento le parecía un estúpido pero que luego me convertí en un hombre más interesante. Pude señalarle, con posibilidad de ser escuchado, que ella deseaba construir conmigo una relación amorosa como la que había perdido donde uno se interesase por el otro, o como la que no había tenido quizás.

Le señalé que entendía que necesitaba ser querida y que debía ser muy duro para ella saber que yo intentaba ayudarla desde mi lugar profesional y sin establecer una relación amorosa. Le interpreté que ella trataba de construir una relación (pensando en una relación edípica) por primera vez y que ahora la seducción no era una defensa frente al vacío como años atrás sino un intento de convertirse, ahora sí, en la mujer elegida por un hombre que la cuidara, dándole seguridad y afecto.

En los años finales del tratamiento ya no fue necesario contenerla. Progresivamente se fueron instalando espacios de calma que facilitaban la reflexión, yo me sentía con posibilidades de atender flotando sin estar especialmente preocupado por mantener el *setting*. Sus urgencias fueron desapareciendo, gradualmente me vi trabajando con una paciente neurótica, muy distinta de aquella que vino y a la que pude ayudar a integrarse. Ella intentaba manejar sus instintos con defensas muy diferentes, más elaboradas, que me posibilitaron un acceso verbal simbólico a partir del vínculo transferencial.

Breves comentarios: esta paciente, como les dije, fue la bisagra para un viraje en mi práctica, hace ya más de 30 años. Fue la que me hizo pensar que el oficio que practico aporta más a aquellos pacientes que necesitan *experiencias* vinculares, relacionadas con sus déficits, que a los que requieren *interpretaciones* de sus conflictos. Hoy día creo que mis participaciones, interpretaciones o no, aportan más a la atmósfera, al clima y al sostenimiento de la relación, que a la explicación de los fenómenos inconscientes, aunque me dirija a ellos. Creo que nuestro trabajo es más útil para pacientes deficitarios (faltos de determinadas experiencias, que les han impedido el desarrollo de algunas áreas de su personalidad), que para neuróticos. Entiendo hoy que el psicoanálisis, por la atmósfera de intimidad que propone, se adecua tanto para editar lo no vivido –no registrado, no editado– como para reeditar aquello traumático ligado al lenguaje. No tengo tiempo para explayarme en este importante punto, pero me gustaría destacar que las experiencias más valoradas por los pacientes –y aquellas que recuerdan– son las de privacidad, intimidad, encuentro, exploración conjunta, empatía.

Creo que la función más importante de un analista es la de facilitar el intercambio intersubjetivo. Uno participa observando y para ello debemos mantener ciertas reglas, por ejemplo neutralidad y abstinencia. Para evitar lo que R. Avenburg llama la Babel invertida –usar las mismas palabras pero definirlas de manera diferente– quisiera aclarar que la neutralidad del analista es –parafraseando a Pizer– la responsabilidad del analista en cuanto a mantener el área de ilusión para una negociación continua con el paciente, respecto de lo que vamos co-creando entre ambos. Es decir mantener la vivencia ilusoria, el juego metafórico.

Respecto de la abstinencia, sabemos que nuestras observaciones e intervenciones estarán siempre influidas por factores personales que se encuentran al margen de la conciencia. Un analista es irremisiblemente subjetivo en el contexto clínico. La abstinencia a la que se refiere Freud en *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica* en 1918, alude a la intervención activa. Freud estaba en polémica con Ferenczi, en ese momento. En este contexto Freud reitera que el analista debe abstenerse en cuanto a la satisfacción de deseos, con lo que por su-

puesto acuerdo. Pero quiero destacar que, como lo señala Winnicott, un analista no puede abstenerse a satisfacer necesidades elementales como la mutualidad, la intimidad, el espejamiento, la oposición como límite, o la necesidad de estar a solas. Necesidades que requieren una acción específica por parte del profesional si aparecen en el vínculo transferencial.

Freud no pudo conceptualizar estos aspectos de su tarea. sin embargo podemos pensar que es lo que intenta cuando programa la colecta para que pueda sobrevivir *El hombre de los lobos* o cuando comen arenque con *El hombre de las ratas*. Estas acciones responden probablemente a cuidados tempranos fallidos, a la manera del aporte del medio a la sobrevivencia. Hoy no lo haríamos de esa forma, pero no podemos descuidar, con los pacientes más complejos, que debemos tener en cuenta la supervivencia psíquica si deseamos que continúen en tratamiento, reconociendo y respondiendo a necesidades elementales (las que he mencionado pero que podemos resumir en contención, sostén, presencia). Muchas de nuestras acciones en ese sentido son metáforas de aquellas de las que Freud se ocupara, y habitualmente nuestro proceder es inconsciente (surgen como *enactments*, acciones que nos conducen, como una vía regia, a nuestro propio inconsciente). Se me acabó el tiempo.

Gracias.

Janine Puget: Me impresiona cuántas ideas diferentes surgen a partir de un mismo artículo y en este caso de los textos que corresponden a un mismo período histórico de Freud, o sea el de la *Metapsicología*. Estuve revisando antes de venir para acá lo que se dijo en los diversos ateneos previos acerca del mismo tema que nos congrega hoy y es muy notoria la capacidad de cada uno de los intervinientes para hacer algo a partir de esa *Metapsicología*. De ahí la riqueza de un texto. Algunos hacen explícita una capacidad muy sutil para indagar en profundidad las ideas de Freud de aquella época y relacionarlas con distintos momentos de su vida. Otros buscan confirmar la bondad de las ideas de Freud. Otros pueden haber partido, como me parece que lo hizo Carlos, de la ruptura con Ferenczi y darse cuenta o jugar

con la idea que algo no alcanza, lo que, como sabemos, a Ferenczi le trajo un poco de problemas. Era difícil disentir con Freud y tal vez lo siga siendo.

Evidentemente yo me ubico desde otra vertiente cuando leo la *Metapsicología*: trato de pensar qué tipo de problemas se planteaba Freud en 1915 y qué tipo de problemas me planteo yo hoy, a lo cual se agrega preguntarme si pudiera ser posible resolverlos con los instrumentos que Freud nos propuso.

Algo de esto hizo Carlos al plantearse la necesidad de buscar de qué manera resolver ciertos temas o ciertas dificultades como las que encontró con su paciente al darse cuenta que debía volver a pensar las ideas teóricas que venía utilizando: transferencia, repetición, interpretaciones, el lugar de la empatía... Todas estas cuestiones fueron mencionadas por él y seguramente en la discusión se van a retomar. Dado que no le alcanzaba se las rebuscó como, por ejemplo, cuando le dijo a su paciente que lo llamó a altas horas de la noche que se vaya tomar un té. Pudo hacer esa sugerencia a una paciente que amenazaba con suicidarse porque por un lado tenía mucha seguridad en la fuerza de su relación con su paciente pese a que en lo manifiesto parecía o exhibía un aspecto negativo. Cuando hay tanta exhibición hay algo pasional compuesto no solo de lo negativo.

Yo no sé si corresponde discutirle algo a Carlos, pero lo hago como me parece a mí, como me surge dado que supongo que desde las diferencias estoy construyendo mi aporte de hoy. Me gusta discutir con otro autor y dar cuenta de nuestras diferencias. Desde lo vincular y mi manera de pensarlo pongo el acento en la fuerza que nace del entre dos y esto me va llevar a cuidarme mucho de no homologar el “inter” de Carlos y el “entre dos” mío. Nada que ver.

Carlos Nemirovsky: Algo que ver, la transferencia como edición; ahí nos acercamos, pero el resto no.

Janine Puget: Algo tiene que ver... pero se complejiza mucho, precisamente porque trato de no insistir en las semejanzas que pudiera tener con Freud o contigo cuando me parece que propongo un enfo-

que diferente. Por ejemplo un tema importante es cómo Freud trató la realidad. Estudiando algunos de sus textos resulta que siempre piensa que la realidad exterior (de la cual nos podemos ocupar en una sesión) puede ser transformada en realidad psíquica, lo que sin dudas en su momento fue una gran astucia pero hoy tenemos que ir más lejos. O sea preguntarnos si toda la realidad exterior es realidad psíquica. El mismo Freud intentó hacerlo o por lo menos aceptó, por ejemplo en “El porqué de la guerra”, que no estaba en condiciones de resolver temas que tenían que ver con el mundo social, un mundo que él no podía abarcar desde la soledad de su consultorio. Muchas veces cuando Freud en sus escritos sociales quiso pensar cómo funciona la sociedad, lo hizo como si fuera resultado de un desarrollo a partir de un tronco inicial: el tronco dado por los primeros momentos de la vida, etc., a partir del cual se ramifica y entonces la subjetividad social y vincular se va complejizando siempre acorde al tronco inicial. Ello fue una manera de tratar las realidades de todos los días y descubrir así cómo explicar lo que pasa en la mente de un sujeto cuando se impone la realidad social que, como recordarán, fue pensada por Freud como uno de los tres sufrimientos inevitables. El sujeto social sería el resultado de diversas vicisitudes evolutivas por las cuales pasa el sujeto singular, del tronco inicial a sus ramificaciones.

Desde ya hoy no pienso así. El mundo social ocupa en mi cuerpo teórico un espacio que le es propio, que tiene sus propias reglas, su propia característica y no puede ser pensado como uno de los derivados de la constitución de la subjetividad singular. Este es un tema que me tiene muy apasionada y encuentro muchas veces que las teorizaciones acerca del mundo social no permiten conocer y aprehender sus propias características. También encuentro que diferentes autores intentan reducir lo que pasa hoy en día, el presente, homologándolo a lo que ya sucedió; o cuando escuchan algo que no conocen buscan semejanzas con lo que ya fue escrito sin tomarse el trabajo de mirar lo que sucede sin apoyarse en teorías previas. Esto pasa mucho con el concepto de lo vincular cuando me dicen que lo que digo es lo mismo que lo que dijo... Freud, Bion, Pichon Rivière y hoy en este encuentro que lo que dice Carlos referido a lo intersubjetivo es lo mismo que

digo yo, etc. Detecté este tipo de dificultad en muchas ocasiones y últimamente se me hizo más evidente al seguir sin intervenir un debate que circuló por Internet donde muchos miembros de IPA hacen un gran esfuerzo para tratar de inscribir lo que no está inscripto pero que a lo mejor hubiera estado inscripto si se tomaran el trabajo de buscarlo. El tema del debate es el Inconsciente, sea porque ya viene con inscripciones, porque se estructura con el lenguaje, o porque no tiene representaciones pero las podría tener y debiera alcanzar para pensar más o menos todo, tanto lo que se dice, como lo que no se dijo nunca como lo que no estuvo pero podría haber estado.

Sin dudas el Inconsciente fue un enorme y fantástico descubrimiento de Freud. Pero en algunas ocasiones, si queremos reducir lo que está pasando entre dos o más sujetos, tanto en lo vincular como en el mundo social, a una inscripción inconsciente o a que es producto de alguna especie de inconsciente colectivo, reducimos terriblemente el problema y la complejidad del tema que se refiere a aprehender lo que se va constituyendo en cada momento, lo que va ocurriendo en el presente. Para un vínculo se trataría de simplificar mucho el enorme campo de lo no conocido, de lo que sucede en una relación entre dos personas que no corresponde a la suma de lo que cada uno es sino a algo inédito e irreproducible.

No sé si consigo transmitir la amplitud de la discusión referida a lo nuevo, al presente, al mundo social. Entonces si me permite Carlos, me seguiré ocupando de algunas temas que fue mencionando ya que contienen el germen de una dificultad para dejar en claro nuestras diferencias.

Me llamó la atención la necesidad de contar los antecedentes del caso que presentó, supuestamente para que entendamos. Al mencionar antecedentes para que entendamos se consigue que pensemos, formatearnos y llevarnos por el camino de las relaciones causales que relacionan el hoy con la historia de esa paciente. O sea que buscaremos en el material algo preciso para lo cual ya tenemos una explicación. En otros momentos Carlos empleó palabras como: “como siempre pasa” o “como nos pasa a todos”. Cuando yo escucho a alguien decirme que algo siempre pasa o nos pasa a todos, paro la oreja y digo: no puede

ser, no hay dos sujetos, no hay dos experiencias iguales, ¿por qué reducir una experiencia que se crea en ese momento a una situación ya conocida, como si fuera confundir una repetición con una novedad? Transferencia, repetición, creación, novedad... todo esto funciona o ha funcionado mucho tiempo.

Mi cuestionamiento, como comencé a decirlo, me lleva a leer los artículos de Freud de una época pensando qué intentaba resolver y qué es lo que no me sirve hoy para resolver los problemas que se me plantean. Uno de ellos es la cuestión del determinismo, otro el de la realidad, como ustedes lo habrán leído, y hay mucho más para decir al respecto. La otra es la cuestión de la memoria. La memoria es otro gran tema de la metapsicología. La memoria casi como herramienta fundamental para poder pensar en un psicoanálisis. El psicoanálisis para despertar la memoria, para modificar la memoria, para hacer algunas nuevas inscripciones sobre esa memoria; sin entonces tomar en cuenta la posibilidad que se creen nuevas situaciones que no tienen recuerdo, que no tienen memoria y que no se pueden asociar con algo que ya ocurrió sino que en todo caso vienen a descolocar o desalojar aquello que ya ocurrió porque no coincide. Entonces yo estoy muy alerta para escuchar lo que no coincide con lo que ya tengo y qué se hace con lo nuevo que sucede.

¿Es otra memoria? ¿Se va inscribir como una memoria que entra en contradicción o en paradoja o en discontinuidad con lo que ya hay? Discontinuidad es un término mío que me gusta bastante cuando quiero hablar de espacios heterólogos y de algo que por ejemplo no coincide con la concepción tradicional de la memoria, o sea de la que estamos acostumbrados a ocuparnos en un tratamiento psicoanalítico. Y que tal vez justifica la presentación de un material clínico contando antecedentes. Otra posibilidad es escuchar un material y crear historia, crear futuro.

Entonces, ¿cómo inscribimos la experiencia, por ejemplo de esta paciente peculiar, difícil, que Carlos resolvió bastante bien con un comentario no tradicional que dio lugar a la producción de una experiencia nueva? ¿Es repetición? ¿Es pura transferencia lo que estaba pasando con Carlos? ¿O hicieron algo, inventando en el momento una

acción que se tornó experiencia nueva, que probablemente posibilitó que esa paciente siguiera su tratamiento? Carlos se dio cuenta que había algo más que estaba muy comprometido con ese tratamiento, y tuvo que rebuscárselas dado que la paciente se pasaba desafiándolo... Le dijo que se prepare un té... a altas horas de la noche y con una amenaza de suicidio. No fue una interpretación sino tan solo una intervención que se produjo entre dos sujetos.

En consecuencia, nos podríamos preguntar: ¿esto era repetición de una historia pasada? ¿Estaba modificando su historia o estaba creando una situación nueva que le permitía abarcar su vida actual de otra manera?

Se trata entonces de pensar qué hacemos hoy para inscribir algo que está pasando, experiencial, circunstancial, en algún lado y no sabemos dónde. En su momento yo decía: se inscribe como un nuevo inconsciente; pero me parece que cuando decía eso —y a veces lo sigo diciendo— es porque me encuentro ante una dificultad que resuelvo con hipótesis que hacen al lecho de Procusto. Espero encontrar en algún momento una forma mejor donde ubicar una experiencia nueva sin recurrir necesariamente al Inconsciente ni por lo tanto apoyarme en un término que todos van a suscribir que es: el inconsciente vincular se inscribe en otro inconsciente.

¿Dónde se inscribe? Tal vez no se inscribe sino que se manifiesta a través de acciones que dan cuenta de que hubo una experiencia, pero que esa experiencia no se puede poner en palabras y no se puede tampoco revivir; sino que se vive y abre a otro tipo de acceso que tienen que ver con otras acciones.

Entonces, ¿dónde se inscribe? A lo mejor no se inscribe. ¿Pero qué hacemos con algo que no se inscribe, sino que es algo que solamente conocemos a través de modificaciones que se van produciendo, por ejemplo, en un vínculo o en una sociedad o en una institución o en un grupo y que no podemos referir a algo pasado sino a lo que somos capaces de producir a partir de un encuentro?

Se trata de producciones excepcionales, que se dan en ese momento y ahí viene una de las complicaciones con los intersubjetivistas. Lo que propongo con lo vincular se viene a superponer con todo aquello

que también sabemos y que también es válido, que tiene que ver con la constitución del aparato psíquico singular, que cada uno puede tomarlo desde Freud, Bion, Meltzer, Laplanche... quien mejor les guste, no importa. Pero entre ese aparato psíquico singular y el espacio en el que se va desplegando la subjetividad vincular hay una discontinuidad que es la que trae tantos problemas.

Tomar en cuenta dicha discontinuidad me permite seguir pensando y hablando, cuando atiendo un paciente, en términos de que me está contando algo de su infancia, que se trata de una repetición aunque sea deformada y que la repetición existe y que los modelos identificatorios también se deben tomar en cuenta. Y por supuesto todo eso me proporciona instrumentos útiles siempre y cuando no cubran y oscurezcan el campo de la novedad. Pero también me preocupa cómo dar su lugar específico a lo que tiene que ver con lo actual, lo nuevo, lo circunstancial, lo experiencial, lo que no es repetición, lo que es experiencia que nace de ese famoso “entre dos” y que se produce en ese momento entre mi/s analizado/s y yo.

Con lo cual me encuentro permanentemente, ante la disyuntiva de no saber para dónde tengo que ir, dónde ubicarme. ¿Ubicarme para detectar lo nuevo que está pasando o lo repetitivo? ¿Pensar en términos de modelos identificatorios o en algo que no tiene nada que ver con modelos identificatorios, pero que tiene que ver con lo que se va produciendo a partir de ese espacio entre dos en ese momento? No es con el “conmigo” de Freud transferencial sino con ese “conmigo” que es totalmente distinto a otros con los que el paciente tiene experiencia, que no le puedo decir que esto que pasa conmigo es repetición de lo que le pasa con otro si bien en algún aspecto también lo es. Entonces aquí se abre un espacio de alta complejidad.

La complicación mía en este momento surge de la necesidad de poder pensar la subjetividad en términos de superposición de dos espacios a los que considero paradójales aunque pudiera ser que no lo sean si bien supongo que no tienen que ver uno con el otro. O sea que en ningún momento puedo apoyarme en alguna hipótesis que los abarque a ambos. Se trata de dar sentido a una convivencia difícil entre elementos heterólogos. Se trata del espacio singular y el espacio

vincular, produciendo cada uno sus signos, sus significados, etc., y requiriendo de nuestra parte diferentes tipos de intervenciones. Las clásicas interpretaciones y aquellas a las cuales llamo intervenciones.

Esta complejidad se hace evidente cuando se discute un material clínico, tal vez hoy pase también cuando se discuta el que propuso Carlos, o sea que surgen montones de opiniones, si bien suele notarse un cierto apego... a la búsqueda de modelos explicativos y por eso nos dio los antecedentes.... perdón por cómo empleo la palabra apego... no se confundan porque no estoy hablando de la teoría del apego sino que uso el término coloquialmente.

Carlos Nemirovsky: ¿Ves que estamos más de acuerdo?

Janine Puget: Es que no quiero estar de acuerdo contigo.

Carlos Nemirovsky: Ya sé, te esforzás bastante...

Janine Puget: No es mi propósito. Mi propósito es tal vez enriquecerme con lo que vos traés a partir de lo cual empieza una discusión. Eso es lo interesante: es lo que uno resuelve, cómo lo resuelve y qué es lo que yo encuentro que tendría que pensar de nuevo para poderlo resolver. Es decir empleamos palabras semejantes, pero palabras con contenidos completamente distintos y en eso reside la riqueza de una institución, la riqueza de un diálogo, la riqueza de este tipo de encuentros: el que precisamente se pueda hacer algo con estas diferencias. Si dijeras lo mismo que yo, supongo que este encuentro perdería gran parte de su interés.

Lo que quiero recalcar –y en la teoría me es más fácil decirlo, si bien en la práctica no resulta tan evidente– es que hay una tendencia a reducir los espacios heterólogos en los que nos movemos a semejanzas y evitar enfrentarnos con esas líneas de fuga de las cuales habla Deleuze cuando se refiere a las vicisitudes de la territorialidad. Es difícil hacer algo con lo que no cabe en uno de los espacios, es excluido de diversas maneras: por las buenas, por las malas o por indiferencia. Esto es porque es muy difícil sostener la pertenencia a espacios en los

que puedan convivir aspectos diferentes que no merecen ni exclusión ni inclusión forzada, sino tan solo un cuestionamiento permanente que nos quita la seguridad de la confirmación de nuestras hipótesis iniciales.

Volviendo a algunos de los grandes temas que nos planten los textos de la *Metapsicología*, estábamos con realidad, con memoria, y otro tema importante es el intento de Freud de hacer armonizar de alguna manera los tres sistemas: inconsciente, preconscious, consciente. Armonizar con conflictos pero armonizar.

Aquí entro en divergencia con esta armonización. Lo que propongo es que estos dos espacios superpuestos de constitución subjetiva son imposibles de armonizar. Justamente el desafío que tenemos en la vida diaria y en nuestra clínica diaria, es que no podemos armonizar pero intentamos armonizar; intentamos hacer intervenciones que redondean y no intervenciones que nos proponen un permanente desafío y una apertura. No confundamos lo que aquí entiendo como desafío con la conducta desafiante y ostensible de la paciente de Carlos cuando le dije que no servía o que después servía maravillosamente. Acá me quería referir al desafío que suscita que nos digan algo que no coincide con lo que pensamos. Usamos las mismas palabras pero para decir cosas diferentes y muchas veces tratamos de creer que en realidad es más o menos semejante, es parecido cuando se trata de conceptos diferentes. Entonces cuando me dicen que algo es parecido a lo que yo pensé, también paro la oreja y digo: acá hay algo que no funciona, no puede ser parecido... ¿por qué lo quiere emparejar?

Ese sería otro de los temas que me inquietan: todo lo que es anular diferencias, aplanar diferencias o, y eso sí me interesa a nivel social, excluir brutalmente todo aquello que no encaja en nuestro sistema de pensamiento. Esto políticamente, como se sabe, es una cuestión bastante complicada y todos los modelos de exclusión a nivel social que manejamos son modelos muy restrictivos. Restrictivos en que son clasistas, tanto en las instituciones nuestras como a nivel más amplio de política social; o se es ciudadano o no se es ciudadano. Somos ciudadanos o directamente somos mirados con desprecio por no caber en la reglamentación de ese espacio en el que nos estamos manejando.

Creo que lo que se proponen estos ateneos es muy importante al invitar gente tan diferente, donde cada uno piensa a su manera y nos deben hacer pensar. La cosa es poder pasar del momento de decir esto no me incumbe, a decir que en cada uno de los planteos que nosotros hacemos hay algo que es una pista que abre y no una pista que cierra. Cuando me encuentro con algo que digo: “¡qué bueno!” y confirmo algo que yo también pienso, digo: “¡qué lástima! me pasé todo este tiempo haciendo algo para confirmar lo que ya pensé”. Para eso me quedo en casa.

Público: Realmente me gustaron mucho las dos participaciones. Cuando Freud trajo el primer modelo de aparato psíquico hizo una clara separación, que la mantuvo hasta el final, entre percepción y memoria. Dijo que percepción era como un cristal que en contacto con aquello que percibía no tenía que tener ninguna traza, porque si tenía alguna traza iba a funcionar como un cristal defectuoso y que entonces todas las marcas iban a quedar en la memoria. Es decir, separó netamente percepción y memoria.

Lo interesante es que en el área artística los que estudiaban precisamente a la percepción criticaron esto; escribieron artículos sobre eso diciendo que no es así, que para ellos la percepción tenía trazas.

Lo que quiero decir con esto, tomando en particular lo que dijo Janine, es que es realmente difícil tomando el cambio de aparato psíquico que hace Freud en el 23 desligarse de esto, porque incluso cuando coloca al Yo como elemento intermediente entre la realidad y el aparato psíquico igual, a pesar de todos los cambios que introduce, igual conserva algo de esa diferenciación, de ese distanciamiento entre percepción y memoria.

A mí me pareció que lo que Janine traía, y en parte a mí me gustaría preguntarle a Carlos, es cómo jugó ahí lo de la percepción donde tuvieron realmente que independizarse hasta cierto punto de la memoria. Aun cuando estuvieran buscando... porque en la evolución que señaló Carlos, a pesar de que estuvieron buscando en su manera de concebir un tratamiento o en la memoria de la paciente y se llegara a alguna conclusión; creo que lo que jugó un gran rol fue la percepción y creo que en ese sentido, por ahí tenemos una idea demasiado lineal

con respecto a esta relación percepción-memoria, el Yo y la realidad... en eso sí me gustó mucho lo que trajo Janine como inquietud, como interrogante, cómo podríamos hacer para pensar algo diferente.

Público: A mí me gustaron los dos. Claro que, como dice Janine, son distintos, diferentes; pero me suena esto: yo estoy un poco peleado, pero no mucho, con el concepto de interpretación. Yo creo que la interpretación se basa en que el inconsciente es un conjunto de contenidos, para algunos son contenidos estructurados como un lenguaje, para otros son contenidos de objetos infantiles que andan dando vueltas por ahí, para otros son los contenidos que produjo la represión primaria y después engordaron más las represiones secundarias... A mí me parece que partiendo de ahí, yo encuentro un obstáculo en la interpretación, por lo siguiente: primero porque coloca al analista en un plano superior, en trascendencia a lo que ocurre ahí en el vínculo mismo en inmanencia. Quiero decir, si yo le explico a alguien lo que tiene adentro quiere decir que él no puede ver, quiere decir que yo estoy en un plano superior, lo cual es difícil de sacárselo porque para eso viene el paciente. Yo entiendo que el inconsciente, lo que hablaron, pero no sé... a lo mejor me aprovecho de lo que dicen para decir lo que pienso yo. Yo pienso al inconsciente como un conjunto de fuerzas muy intensivas que producen en la inmanencia de la situación, quiero decir que producen en el aquí y ahora algo que muy comúnmente los analistas consideramos que es el hallazgo de algo que estaba yaciendo ahí, enterrado en el inconsciente, lo descubrimos y lo decimos.

Me parece que lo específico del psicoanálisis, de un vínculo, es que ese inconsciente, sea lo que sea ese conjunto de fuerzas, produzca; pero es imposible anunciar qué va a producir. De ahí tomo lo que dice Janine, que es importante tomar contacto con esa producción que se hace en medio de un vínculo, siempre las producciones se hacen en un vínculo; puede ser imaginario, real, telefónico, presente... pero siempre es en un vínculo.

En ese sentido yo estoy intentando hacer una lectura de Freud de lo que Freud no podía hacer, de lo que excedía los límites de lo que él decía. Ahí me gusta por ejemplo cuando Freud habla de la sugestión, dice cosas que no tienen que ver con lo que hasta entonces decía, es

como que excede los bordes de lo que él mismo decía y me parece que así hay que trabajar. Lo mismo cuando habla de la telepatía, logra decir cosas que exceden lo mismo que él decía.

Me parece que es un buen modelo para copiar, no copiar los textos de lo que decía Freud sino copiar la suplementación que uno puede hacer de lo que estaba pensando.

Pero me gustó mucho a mí, me siguen produciendo cosas, o sea que han abierto.

Público: Para un encuentro hay que hacer un largo recorrido y me parece que es lo bueno que tiene este encuentro, que implica largos recorridos. Quizás como un análisis, para que haya un encuentro tiene que haber también un largo recorrido. Y este largo recorrido que se va haciendo me parece que tiene momentos que a mí me parecen brillantes, podríamos decirlo, que son los momentos en donde en la búsqueda del encuentro se produce el desencuentro. Me pareció muy interesante cuando Janine introdujo apego, sobre todo por la sorpresa, porque parecía que apego entraba dentro de un discurso natural y la sorpresa fue que se podía estar hablando de distintas cosas. En ese encuentro surge un desencuentro, digamos, pero un desencuentro que se puede salvar porque se puede seguir hablando y se puede seguir hablando de ese desencuentro.

Me parece que es importante seguir hablando del desencuentro del apego porque tiene distintas formas de ser considerado. Me parece que la forma en que consideraba Janine el tema del apego, porque ella venía hablando de eso; tenía algo que ver con la escritura, con lo que se escribe, con lo que no se escribe, porque lo que se escribe está dentro de un sistema de símbolos, de signos y es dentro de lo que se escribe que surge lo que no se escribe. Indudablemente no puede surgir lo que no se escribe si no es dentro de lo que se escribe, y en ese sentido no puede surgir el desencuentro si no es dentro de un encuentro.

Me parece que lo importante es poder definir un poco más claramente de qué estamos hablando con apego, por ejemplo. Me parece que hay dos dimensiones del apego: una dimensión que podríamos decir es la que venía trayendo Janine; parecería ser de lo que hay en

común, porque siempre ahí hay algo en común para que haya un encuentro. Yo creo que lo más en común que hay, es el estar hablando, el estar dentro de un campo del lenguaje, el estar dentro de un campo de la función de la palabra, diría Lacan; que tal vez lo podríamos llevar a la dimensión de la escritura, ¿por qué no? y en ese campo de la escritura, en lo que se escribe, lo que falta dentro de lo que se escribe.

Me parece que esto mantiene una dimensión de apego que podría ser distinta de lo que podría ser el apego visto como totalidad, el apego visto como una naturalidad donde no falta nada. El apego visto en esta dimensión de un campo ilusorio, donde también sería interesante vincular lo ilusorio, por lo menos en Freud, a la fantasía. En ese sentido yo estoy viendo que hay dos maneras de pensar el apego: un apego por el lado de lo simbólico y un apego por el lado de lo imaginario.

Me parece que esta discusión puede producir algún encuentro, por lo menos dentro del desencuentro de las ideas que se está planteando.

Público: Me encantaron las dos presentaciones porque no estoy de acuerdo con ninguno de los dos y estoy de acuerdo simultáneamente con los dos en muchas cosas que dijeron. Pero me pareció muy importante y me sirvió para hilvanar lo que iba a decir, lo que planteaba recién Enrique.

Me parece que en un planteo un tanto maniqueo uno podría plantear una discusión acerca de si el psicoanálisis es hacia el encuentro o hacia el desencuentro, diría como para simplificar un poco estas dos posiciones que estaban planteándose acá.

Cuando hablaban recordé una pequeña viñeta clínica de un paciente que atendí hoy a la mañana. Es un paciente que viene y me dice: “Mire, hace dos o tres sesiones que no traigo preparada la sesión, que no tengo un speech preparado” y esto a él lo sorprende. Me dice: “Porque yo había tenido analistas previos con los cuales yo traía algo preparado y me daba cuenta que de ese modo fijaba la posición que ellos podían tener”.

Lo que a mí me llamaba la atención es que, para mi gusto, desde como yo lo veía, en ese momento se había transformado un rasgo de carácter en un síntoma; porque empezó a decirme después que a él le

molestaba esta sensación de alerta que tenía permanentemente mediante la cual hacía eso.

A renglón seguido me cuenta que una hija –que a él lo tiene muy preocupado permanentemente–, piensa que el mundo está contra ella; no había encontrado una remera y el mundo está contra ella. A esta chica la han cambiado de colegio y los chicos del colegio anterior igual la invitan, pero ella dice que la invitan por compromiso. A él lo que le llama la atención es que esta chica sigue pensando en los mismos términos.

Coincido con Janine en que esto que está ocurriendo acá es inédito, no nos pasó antes, antes que pasara acá. El tema es cómo en nuestra experiencia clínica nosotros nos encontramos. ¿Cómo pensamos esto? Lo pensamos desde ciertas categorías que tenemos. Cuando es cierto que el mundo es imprevisible, en nuestro modo de pensar pensamos como la hija de este paciente, pensamos desde una categoría. En ese sentido pensaría si lo de Carlos, lo que planteaba respecto de la paciente –que me pareció brillante, la verdad que es conmovedor todo el material–, lo de la confianza, es de algún modo legitimar o darle lugar a un modo de pensar que esta mujer tiene.

Entiendo tu modo de pensar, te vengo siguiendo mucho en cómo lo vas describiendo, pero yo desde una otra perspectiva, no tenés por qué comprarla, lo pensaría más como un modo de pensar que ella tiene. No es que no tiene algo inscripto, tiene un modo de pensar que de alguna manera la sitúa en un cierto lugar y entonces tenés que aceptar esa transferencia. No se trata de inscribir algo que no está inscripto; por lo menos no lo pienso en esos términos, o si hay algo no inscripto uno tendrá que llegar a través de poder ir trabajando frente a eso.

En ese sentido me resultaba importante lo que decía Enrique, que para que se produzca un desencuentro tiene que haber un encuentro previo. Tienen que haber categorías previas con las cuales uno pueda entender cómo el otro piensa, disparatadamente, como se quiera pensar; pero es a partir de ciertas categorías previas en donde puede aparecer esto que es distinto a cómo uno lo había pensado previamente.

Público: Yo soy egresado de la formación y tengo dos preguntas. La primera es si lo que están presentando en los trabajos ustedes opinan

que podrían considerarlo como desarrollos o como re-formulaciones teóricas. Desarrollos que cuestionan principios fundamentales o verdades fuertes como lo inconsciente, la formación de lo inconsciente, la comprensión de la transferencia, el lugar del conflicto, la repetición. Cuestionamientos que, además, y en consecuencia, alcanzan también a principios fundamentales de la práctica. Justamente el trabajo dice que no hay técnica. Entonces además cabría preguntarse dentro de este contexto si todo el dispositivo no está diseñado, justamente, al punto de partida de la necesidad de escuchar al individuo como entidad separada. La pregunta es si opinan que sería útil considerar la posibilidad de reformular conceptos considerados como fundamentales, y no solo reformulación sino renunciar a algunos conceptos que son considerados como fundamentales debido a que estarían funcionando en este momento como obstáculos para pensar estas otras perspectivas; pensar algo así como dicen los ingleses, por fuera de la caja.

Y la segunda pregunta es referida puntualmente a la formación, si consideran que la formación también debería ser reformulada, por ejemplo incluyendo disciplinas no estrictamente psicoanalíticas que han adelantado al psicoanálisis en desarrollos relacionados con la comunicación social o con nuevas formas de comunicación.

Público: En primer lugar me felicito por haber estado acá, es realmente un encuentro muy bueno.

Yo creo que la presentación de Carlos fue excelente, realmente, en primer lugar porque es totalmente creíble, lo cual no es pequeña virtud. Creíble en el sentido del relato de lo que fue pasando allí entre ambos; el ensayo y error de una manera que en realidad es el método que yo uso siempre psicoanalíticamente, pero ahí es con bordes muy difíciles; y al mismo tiempo con el testimonio de una transición personal en términos de ideas y creencias.

Ahora, escuchándola a Janine después, que hacía tiempo que no lo hacía, lo cual es una pena; yo creo que hay una cuestión que me parece que es muy útil aun cuando a veces puede bordear lo antipático en la actitud de Janine. Yo le pondría, para ponerle un nombre nomás, como una especie de heurística de la diferencia: “No, no es lo mismo”. El “no, no es lo mismo” como una actitud que me parece suma-

mente útil para evitar una especie de fusión, donde todos los gatos son pardos finalmente, y una confusión terrible entre una conversación amistosa donde uno mantenga pactos de cordialidad y afecto, con el estar de acuerdo.

Entonces, en primer lugar saludo esa actitud heurística de la diferencia. Ahora bien, voy a ser muy breve, yo definiría lo de Janine –se me ocurrió ponerle ese nombre–, como una especie de situacionismo radical. No que el contexto define, sino que la situación genera los parámetros para la propia resolución del asunto; lo cual es la forma de tensar al máximo no un pensar sin supuestos, porque es absolutamente imposible borrar las categorías metapsicológicas y teóricas que tenemos, pero tensar al máximo la posibilidad del estado de percepción flotante. Finalmente se trataría de eso y donde quedaría algo así como un contorno límite, que sería una teoría muy elaborada del continente; una teoría muy elaborada del continente porque si hablamos de no continente nos perdemos en un espacio infinito, algo tenemos que contener desde algún tipo de borde.

Creo que la invitación de Janine es radical en ese sentido, que incluso la construcción del borde es situacional, esto creo que da para pensarlo mucho; por eso es que para ella la historia de lo que fue no es sostén natural del sentido. Ese gran sostén está implícito y explícito de alguna manera, en la exposición de Carlos, donde, aunque no lo diga pero en el modo como fue siendo y padeciendo esta chica, tiene que ver con el modo en que está siendo y padeciendo con él; la repetición de lo bueno y de lo malo está ahí jugando.

Ahora lo notable de Carlos en esto es que es evidente la suplencia de carencias. Hay mucho respecto de eso escrito, trabajado, déficit versus conflicto, etc.; pero en un trabajo en profundidad, no me puedo extender qué quiero decir con profundidad, porque si no desde una Janine excesivamente radical el riesgo es pensar lo de Carlos como cosmética amorosa. Creo que es una zona de vulnerabilidad que a mí también me produce cierta nerviosidad con los intersubjetivistas, pero creo que ahí hay un tema de discusión importante, no de convergencia sino de choque fecundo, que es una cosa distinta.

Carlos Nemirovsky: Voy a tratar de contestar a lo que pueda. Cosmética me resulta algo parecido a lo imaginario que planteaba Enrique, algo “por arribita”, digamos. El primero que plantea el término intersubjetividad es Lacan en El discurso de Roma, en *Función y campo de la palabra*, 1953. Después él plantea que lo intersubjetivo es imaginario justamente, y hay toda una línea que sigue a Lacan, que es Kaës y los intersubjetivistas nuestros: Berenstein, Puget, Moreno, Moguillansky, etcétera... no sé si ponerlos a todos juntos, pero más o menos creo que hay una línea ahí a la francesa. Hay otra línea que no tiene nada que ver con esta pero tiene algunos puentes, que se inaugura en el 70 y pico con Daniel Stern, Storolow, Atwood, Mitchell y demás, que no consideran justamente lo imaginario sino que toman al inconsciente desde lo heterogéneo. Tomando lo que planteaba Garfinkel sobre la percepción y la memoria y lo que planteó también Janine de la memoria: la memoria ha sido tremendamente estudiada desde distintos puntos de vista. No quiero hablar mucho de las neurociencias porque si no me van a decir que además de cosmético soy psiquiatra, todas esas cosas, pero hay una enorme cantidad de trabajos. Pero Daniel Stern y el Grupo de Boston vienen trabajando desde el 80 y pico sobre lo que llaman la memoria de procedimiento, aquella memoria que es como la de andar en bicicleta, aquello que aprendemos desde bebés para poder adaptarnos a una situación; es presimbólica y se expresa por lo motor, no es simbólica. Justamente tomándolo a Enrique que decía de lo imaginario y lo simbólico, hay gran parte del ser humano que en relación se expresa como lo simbólico; que tiene que ver con la acción, que tiene que ver con nuestra mirada, cómo damos la mano, cómo nos acercamos, el clima que creamos, el tono, el timbre, el baño de palabras, etc. Todo eso tiene que ver con la memoria de procedimiento, eso está recontra descrito desde los años 80. Eso tiene que ver con lo que creo que decía Garfinkel, que es la percepción, lo que él dice como percepción.

Yo trabajo con una memoria o con un inconsciente heterogéneo que no es el homogéneo de la Primera Tópica, se acerca más al heterogéneo de la Segunda Tópica; pero es heterogéneo en cuanto a que hay partes de lo inconsciente que se traducen solo por acción, que

pueden ir en paralelo a lo simbólico pero que no es necesario pasarlo a nivel simbólico, uno acciona permanentemente. De ahí viene el *engagement* del analista, del paciente, etc.

Hay otro aspecto del inconsciente que es el inconsciente invalidado que algunos llaman reprimido. Hay muchas convergencias teóricas en intersubjetividad, desde Hugo Bleichmar hasta Storolow de Estados Unidos, es decir hay muchísima convergencia y desde el apego, Ferenczi, Bowlby y demás. De los analistas argentinos, el año pasado hubo un Simposium en Yale, de la Relacional Intersubjetiva de la cual formo parte, que tiene analistas de IPA y no IPA. Decía, hubo un Simposium virtual sobre Baranger, que duró dos semanas intensas y otro Simposium sobre Racker, tomando no solo lo de la empatía como la contratransferencia concordante sino lo que Racker consideraba como lo nuevo; por eso tomo al inconsciente invalidado como aquello que nunca fue aceptado por el medio. Siempre es relacional para mí el inconsciente invalidado, es aquello que nunca fue aceptado y aquello que puede empezar a aceptarse, por eso no es cosmético que pueda empezar a aceptarse en un nuevo vínculo.

Si dije como dijo Janine: “todos pensamos”, no sé, me equivoqué, es un error.

Lo que vos decías de la historia, la historia en general no se desarrolla, la historia es siempre contemporánea, dice Benedetto Croce, que es cómo vemos desde hoy la historia que no es la de ayer; pero la historia es su desarrollo, la historia rompe paradigmas. La historia va rompiendo paradigmas: el Renacimiento rompe el paradigma anterior. Hay una historia de por qué se rompe el paradigma, esa historia es la misma que la Historia de las Artes donde se pasa de la perspectiva jerárquica a la perspectiva caballera y donde Picasso rompe con todo... es decir se van estableciendo rupturas epistemológicas.

¿Por qué? Porque ninguna teoría es completa ni nuestros tratamientos son completos; las teorías no son completas, las teorías son inconmensurables. No se pueden comparar, son epocales, algunas tienen fecha de vencimiento, son geográficas incluso y están ligadas al poder. Esas son las teorías, quien ejerce una teoría ejerce un cierto poder, a veces convivimos como intentamos hacerlo acá y muy bien,

pero están ligadas al poder. Al poder de lo que uno quiere tratar de meter en el otro.

Hay muchísimo más pero la dejo a Janine.

Janine Puget: Me gustó la pregunta que hicieron las personas que están en formación, cuando formulan la idea que se podría llegar a incluir en la formación lo no psicoanalítico. En realidad creo que es una concesión dado que incluir nuevos abordajes e hipótesis no necesariamente deja de ser psicoanalítico pero lo que pasa es que todo lo que no es ya consensuado se suele llamar no psicoanalítico; entonces yo no soy psicoanalista porque estoy empleando términos que no están en el vocabulario habitual y sin embargo me considero una psicoanalista que trata de ampliar los cuerpos teóricos. Pero para eso la *Metapsicología* del 15 no nos alcanza y por eso con algunos colegas estamos tratando de crear una nueva metapsicología que tenga que ver con lo que llamo la relación entre dos o más, Rafael puso un nombre a lo que fui proponiendo y lo llamó situacionismo radical con lo cual no sé si acuerdo pero lo tengo que pensar. Pero no importa si lo que propongo es fuerte, lo importante es que pueda haber diferencias y que esas diferencias no me excluyan del psicoanálisis sino que permitan que, en eso que se llama psicoanálisis, quepan algunas postulaciones que no partan del desamparo originario. Cuando Rafael dijo: se intentan sustituir carencias; creo que los modelos que parten del desamparo originario, cualquiera sea la forma que se le dé, impiden ocuparse de lo que excede, o sea lo que puede ser el hacer entre dos, lo que la alteridad de cada uno aporta.

El desamparo originario es un tronco importantísimo para la teoría que llamaríamos clásica del psicoanálisis; cumplimos, entonces con toda la teoría de las relaciones de poder asimétrico, el poder en la transferencia, etc. El desamparo originario se basa en esa idea.

Mientras que en lo radicalmente diferente que intento proponer, está la idea de que además que suplimos todo lo que hace falta, también creamos situaciones inéditas que requieren una metapsicología diferente. Aquí están activas las relaciones de poder en su doble significado, *potentia* y apoderamiento.

Dijeron muchas cosas, pero un concepto que me parece que vale la pena cuestionar, creo que lo trajo Enrique Alba, es que tenemos que tener algo en común. Creo que la definición de lo que es común y comunidad merece ser vuelta a pensar. Común no necesariamente es semejanza, sino que es crear conjuntos que van produciendo cada vez más diferencias por lo no común justamente y donde común es un conjunto de diferencias. Alguien que ha trabajado mucho este tema y con el cual tengo mucha afinidad, es un filósofo italiano que se llama Esposito. Él hace una larga disquisición sobre cómo se constituye lo común, ahora no voy a entrar en esto, pero nosotros imaginamos que lo común se basa en semejanzas y lo común es la necesidad de transmitir a otro que habrá de recibir sin tener que devolver. Es difícil de explicar en pocas palabras pero se trata de hacer algo con la necesidad de los humanos de encontrarse pero no porque esa necesidad surja para suplir un desamparo originario sino por hacer algo entre dos o más. Cuando la subjetividad se constituye a partir del desamparo originario el sujeto es un objeto, el *infans*, para el sujeto parental y entonces se entiende cómo sigue el proceso. Mientras no sabemos por qué las personas se buscan. ¿Qué pasa? ¿Por qué se buscan? Se buscan y se buscan no por el desamparo originario. Entonces esto abre un nuevo capítulo que es el por qué se buscan, que por ahora para mí no tiene explicación. ¿Por qué la gente busca tener pareja? Es una cuestión complicadísima una pareja y sin embargo es un hecho que se buscan en tanto sujetos y no en tanto objetos.

Carlos Nemirovsky: La gente está muy loca...

Janine Puget: Es que justamente no está loca, está loca según una tradición psicoanalítica. Pero tenemos que darle un lugar a esto que se llama la necesidad de encontrarse, no por semejanza, no por complementariedad, no por repetición de una historia, sino por algo que no sabemos cómo explicarlo, que es que el sujeto humano es también social. Ahí tengo una gran diferencia con todos los que nombraste, que dijiste que son intersubjetivistas pero no son vinculares. Por ejemplo Kaës, Baranger y Racker. Con Kaës vengo teniendo una larga discu-

sión, somos muy amigos, discutimos años y ahora en su último libro acepta, por fin, que somos diferentes. Durante años en todos mis encuentros con él, me decía: “no vayas a creer, yo más o menos pienso lo mismo que vos, pero vos lo decís diferente”. Ahora se convenció de que no, que él parte del desamparo originario, el tronco común, y de ahí hace un trabajo maravilloso para contemplar todas las situaciones posibles a nivel grupal; pero nunca acepta esto que yo llamo la discontinuidad entre los dos espacios o la superposición de constitución subjetiva. Eso le parece que no, que no va. Entonces en ese caso sí, él es intersubjetivista y yo soy vincular; no sé si él se describiría como intersubjetivista tampoco. También en tu escrito lo pusiste a Pichon como intersubjetivista, para mí Pichon no es intersubjetivista...

Carlos Nemirovsky: Es absolutamente intersubjetivista.

Janine Puget: Bueno, cada uno lo lleva para su molino... No importa, de todos modos hace muchos años que Pichon creó su modelo y no sé lo que diría hoy; dio una base para detectar que había algo que era diferente y no sabía bien cómo salir del entuerto este.

Silvia Resnizky: Me parece que se van intentando establecer diferencias entre lo intersubjetivo y lo vincular; no tomándolos como sinónimos.

Público: Yo partiría de la idea de que todos vinimos acá y todos hablamos el mismo idioma. Esto quiere decir que alguna cosa tenemos en común, si decidimos encontrarnos acá y no nos equivocamos, no fuimos a otra institución, no fuimos a otro domicilio y de hecho, más o menos, pretendemos hablar el mismo idioma.

Sin embargo se han dado varias situaciones a lo largo de la discusión en donde la misma palabra tenía penumbras de significado o a veces significados radicalmente diferentes. Uso por ejemplo, la palabra intersubjetividad. Yo creo que la noción de intersubjetividad que está en *El discurso de Roma* no tiene mucho que ver con la noción

de intersubjetividad que hoy utiliza Carlos Nemirovsky. Es la misma palabra pero punto, ahí termina.

La palabra apego que usó Janine hoy, creo que tiene muy poco que ver con la noción de apego que utiliza Bowlby o que usa hoy Carlos.

Así que evidentemente tenemos pensamientos laterales y perspectivas distintas, lo cual plantea una cuestión dilemática entre que hay un sentido común, que de hecho lo usamos para poder compartir, al menos estos comentarios y tratar de pensar juntos. Y hay una radical singularidad desde la cual el sentido común no da cuenta; yo no creo que estemos pensando juntos, creo que cada uno piensa por su cuenta. Piensa de manera muy diferente a la del otro y en algún momento podemos iluminar alguna región que el otro dice: “yo veo algo parecido a eso”, pero ahí termina.

Entonces nos encontramos pero no nos encontramos, estamos des-encontrados y esto produce una semiosis infinita en la cual cada uno va a ir hacia algún lugar diferente.

El asunto en todo caso, está en dónde ponemos el punto de referencia del sentido de lo que estamos diciendo y del sentido de lo que entienden de lo que estamos diciendo. Yo daría por sentado que lo que yo digo va a ser entendido de manera muy distinta por cada uno de ustedes, cada uno lo va a incorporar o lo va a descifrar o cifrar en su propio modelo, en su propio esquema. Y yo por eso no pensaría que alguno es deficitario, no entendería que el esquema de alguien sea deficitario respecto del esquema que estoy utilizando yo. Yo diría que cada uno de estos esquemas, algunos más cercanos a lo que yo pienso, otros muy distintos a lo que yo pienso, tienen su complejidad y tienen su consistencia; tan complejos y consistentes como pienso que es mi modelo de pensar, mi modelo de sentir.

Yo entiendo que el problema que tenemos cuando buscamos líneas de fuga, como decía Janine, hay un libro muy hermoso de Guattari sobre las líneas de fuga, estamos fugando hacia nuestros propios esquemas conceptuales, vamos para ahí; si tienen alguna resonancia o algún peso en nuestros propios esquemas conceptuales.

En todo caso ¿dónde ponemos los puntos de referencia del sentido?, ¿los vamos a poner en la situación? ¿En el situacionismo radical, como decía Rafael hablando de Janine? ¿Los vamos a poner en la

memoria? ¿Los vamos a poner en la historia? ¿Los vamos a poner en el Edipo? ¿Los vamos a poner en el inconsciente organizado como un lenguaje? ¿Los vamos a poner en los ideales del Yo epocales de una comunidad?

Yo creo que haciendo eso terminamos comportándonos como los ciegos del famoso cuento hindú que debían describir cómo era un elefante. Cada uno va a tener del elefante una versión radicalmente diferente: serán columnas, será una víbora, será un telón... según qué parte del elefante toquen. Me parece que ahí hay una dimensión de complejidad que no puede ser reducida a un único punto de referencia del sentido; me parece que el fenómeno del sentido es muy complejo y va a parar a diferentes códigos referenciales que cada uno de nosotros tenemos y que además cada uno de nosotros pone en distinta jerarquía. Por eso es que la semiosis de cada uno, son completamente distintas.

Entiendo que no hay manera de resolver la cuestión de la percepción y la memoria, nunca dejamos de recordar cuando percibimos y nunca dejamos de percibir cuando memorizamos. Creo que la posición inicial metapsicológica freudiana de memoria y percepción se excluyen mutuamente, merece ser matizada.

Público: Yo estoy cursando Segundo Año en el IUSAM y voy a hacer una sola pregunta a la doctora Puget, porque me interesa mucho su posición pero tal vez, fijando un poquito desde dónde la hago para que me puedan entender. Yo coincido también en que el mundo de Freud no es el nuestro, el nuestro tan atravesado por un discurso, por un sistema, que controla subjetividades y que ese control no lo hace a través de un poder de policía sino que lo hace a través del control de los medios que producen esas subjetividades. Y eso opera fundamentalmente a nivel de la representación, de la presentación, incluso desde algo que podríamos llamar lo no representable.

Creo que el psicoanálisis está en una posición clave para dar cuenta de lo que está pasando. Eso me parece que está escrito exquisitamente en su trabajo, sin embargo me llamó poderosamente la atención que en su trabajo se dirigiera a lo que en literatura es el narratorio,

sería a la subjetividad singular del analista. ¿Por qué es esto? Este enfoque suyo a través de los espacios psíquicos, ¿no es capaz de dar cuenta de la problemática en la institución analítica? ¿O es que hay otro problema?

Público: Sentía que me hacía falta a mí y para transmitirles también a ustedes, Bion. Porque cuando estudiamos Bion y él dijo del Inconsciente infinito y la magnífica ignorancia; pensaba que era un vuelco y que tal vez valía la pena mencionarlo y lo mismo si los panelistas quieren hacerlo.

Público: Estaba pensando mientras los escuchaba a todos en un comentario que una vez mi esposo me hizo un día que venía del trabajo y había conocido a alguien. Me dice: “¿Sabés a quién se parece? Se parece a tu hermano pero nada que ver”. Ese comentario realmente me pareció sorprendente porque creo que este es el punto del psicoanálisis actual. Es un psicoanálisis que necesita de un dispositivo que pueda escuchar lo que está pasando en un presente de allá entonces y también poder escuchar y tener herramientas para escuchar otro tipo de diálogo que se basa en lo no representable, es decir que por más que uno intente interpretar la ajenidad del inconsciente, por más que uno intente aceptar la idea de: “bueno, conocete, conocete un poquito más”, me parece que hay algo que hace que sea una herramienta que no alcanza para dar lugar a una producción que se produce en ese instante entre paciente y analista; que tiene que ver con algo que es imposible de hacerlo coincidir con alguna circunstancia.

Cuando el analista está frente a ese impacto es realmente muy interesante, porque justamente uno toma contacto con una situación que es imposible de interpretar.

Creo que eso abre toda una producción que es imposible, también de anticipar. Me parece que estaríamos como trabajando desde dos lógicas distintas, sería la lógica representacional que nos permite a nosotros cierta mirada predictiva de lo que podría llegar a pasar y al mismo tiempo el impacto por lo no representado. El impacto por lo imposible de anticipar, el impacto que nos empuja hacia un trabajo

que parecería ser que va como contra la corriente; pero como contra la corriente en el sentido de tener una identidad que siempre se fijó para un lado.

Quizás ese sea el desafío del psicoanálisis nuestro, de nuestro tiempo: poder hacerle lugar al “nada que ver”.

Carlos Nemirovsky: El tema de la identidad de los analistas. Justamente lo intersubjetivo, la corriente intersubjetiva no tiene el “ano”, como sería winnicottiano. No hay un señor, es una confluencia de distintos tipos de pensamiento.

Uno de los que trabaja esto que vos decías es Daniel Stern y lo llama: momento ahora. Y lo irrepresentable es lo que toma Botella, los Botella ambos, en *Más allá de la representación*. Estas son distintas personas que convergen hacia algún aporte intersubjetivo.

Les quiero aclarar por qué digo que Pichon es intersubjetivo. Pichon cuando hablaba de cambiar pulsión por vínculo, yo lo tomo como un intersubjetivo; o los Baranger cuando los Baranger empiezan a citar a Merleau-Ponty, en la segunda parte de los Baranger; ahí cambian y no es más la teoría inicial del campo.

Yo creo que lo que los analistas tenemos en común son dos cuestiones: una, el reconocimiento de fenómenos inconscientes, de qué calidad de inconsciente diferimos; y otra cuestión es lo ético. No creo ni necesito que haya otra convergencia.

Felicito la cuestión de poder discutir el trípode como lo estamos haciendo; por ahí es importante crear una materia que tenga que ver no con los “anos”: Winnicott, Kohut, Lacan, etc.; sino una materia de convergencias y divergencias. Una materia de cuarto año que implique que haya dos o tres profesores que piensen distinto como acá y que se puedan discutir cuestiones comunes, pensamientos diferentes. Me parece que esa materia es necesaria como creación de un clima plural en serio en la institución.

Otra cuestión, el problema del inconsciente que produce fuerzas, es qué calidad de fuerzas produce. Porque yo creo que hay una serie de cuestiones que no se jugaron antes de la relación conmigo; lo que le pasa al paciente de Rody es que yo diría que ese paciente que venía con el *speech*, en un momento percibió que Rody era un tipo confiable

y se entregó a divagar, a la asociación. Y esto lo valoro por el vínculo de confianza que se estableció. Ahí puede aparecer algo inédito, mientras estaba el *speech* era todo repetición, no servía para nada.

Janine Puget: Desde ya me voy a ir de acá con una serie de ideas y con ganas de escribir un poco más acerca de unos cuantos temas.

Lo que dijo Sebastián me parece que vale la pena retomarlo. Te preguntas si el analista tiene su subjetividad singular. Justamente mi idea de la superposición de espacios tiene que ver con que el analista es objeto de transferencia, todo eso que ya sabemos y es también otro, absolutamente otro, que no responde interpretando sino interviniendo desde su otredad, desde su ajenidad. En su momento, hace muchos años, con Wender escribimos un artículo, “Los mundos superpuestos”, que fue embrión de lo que después fui desarrollando. Cuando nos preguntamos qué hace el analista que es un otro que no reacciona por activación de mecanismos que corresponden a la teoría de la transferencia y contratransferencia, sino que tiene sus pensamientos propios durante la sesión. En aquel entonces estaba muy lejos de lo que pienso ahora, lo pensábamos como que era un desliz, un inconveniente, una pequeña situación traumática, un conflicto narcisista, punto y aparte. Hoy lo pienso completamente distinto, lo pienso como que, por supuesto, el analista siempre es un sujeto singular y es también objeto de la transferencia creándose así dos espacios superpuestos, uno en el que es objeto de transferencia y otro en el que establece con su paciente una relación entre dos sujetos regidos por otras reglas que no son las que conocemos clásicamente. Y es esa superposición de espacios de la cual hablo que es tan conflictiva.

Ahora, eso acarrea muchas consecuencias: produce ideas, obliga a volver a pensar la formación, y todo lo que pueda uno tener ganas de hacer psicoanalíticamente. Y cuando Carlos Mogueillansky dice que en algún momento tenemos que llegar a que tenemos alguna semejanza de sentido, es decir estamos todos acá, en este mismo lugar... eso no sería lo que nos hace progresar, lo que nos hace crear. Esto es más una necesidad práctica. Cuando me encuentro buscando alguna semejanza de sentido no me parece que me enriquezca si bien puede

darme una momentánea tranquilidad. Lo que me hace pensar, lo que me hace cuestionarme es lo no semejante. Acepto que por momentos, digo: “no puedo seguir cuestionando todo porque es difícil soportar la incertidumbre latente y me quedo con que por lo menos algunas semejanzas tenemos”. Pero esto me sucede más si estoy cansada y entonces digo: “estamos todos de acuerdo, no nos preguntamos más y ya seguimos para adelante”.

Lo que nos hace crecer es el aceptar y poder cuestionarnos cuando nos damos cuenta de que “esto no es igual” como por ejemplo podría hacer para discutir con Carlos o con cualquiera de ustedes, y eso es lo vital. Lo vital es cuando no estamos de acuerdo pero no por desencuentro-encuentro sino tan solo porque se activa algo que nos permite y estimula a seguir pensando. Es importante de todas maneras que haya una ilusión de encuentro, de interés. Lo que es vital no es el desencuentro, el no-encuentro, es lo que produce el interés, lo otro son momentos en que uno descansa, pero de ahí en más...

